

nes y ocupar en la iglesia asientos distinguidos.

La codicia no era la única cosa que impelia á los ingleses hácia el mundo desconocido. Además de los sabios como Davis y Frobisher, acudían en tropel los que buscaban lo maravilloso, todos aquellos á quienes tentaban las expediciones al través de árboles gigantescos, en medio de indios que los acogían como vengadores, que les ofrecían frutos extraños, que les hacían dormir en sus campamentos bajo un cielo luminoso y entre los rumores de los millares de séres que se agitaban en aquella naturaleza rebosante de vida. Los que caían en manos de los españoles eran entregados á la Inquisición, ya establecida en América (1), ó encadenados al remo en las galeras. Así el odio del inglés contra el español, pagano á quien creía adorador de todos los santos, era excitado á la vez por el instinto de aventura, por la idea del peligro, por el sentimiento puritano y por el espíritu mercantil. En todos los mares encontraban los ingleses el pabellon de Felipe II, que acababa de arrostrarlos en Irlanda; grave amenaza «porque Irlanda tiene hermosos bosques y excelentes radas, y si los españoles llegaran á poseerlos, serían en poco tiempo señores de los mares, y el mar es nuestra fuerza; plegue á Dios conservárnosla (2).» España amenazaba expulsarlos de Virginia, como ya había destruido á los franceses en la Florida (3); los acechaba en el Mediterráneo para destruir su tráfico en el Levante: cinco barcos de comercio que volvían de Oriente fueron sorprendidos cerca de las islas Pantelarias (4) por trece galeras españolas que mandaba Don Pedro de Leiva. El comandante inglés, Edward Wilkinson, hace cantar los salmos á su gente, mientras toma su puesto de combate, «y los insensatos españoles invocan, según su costumbre, no al Señor, sino á Nuestra Señora, como llaman á la Virgen María, y exclaman: ¡Oh bendita Señora! dadnos la victoria!» (5). El combate dura cinco

(1) La Inquisición se estableció en México en 1574. Todos estos sentimientos de los marinos ingleses están pintados vigorosamente en la popular leyenda de Kingsley *Westward ho*.

(2) Lodge, *Ilustraciones*, tom. II, pág. 231. Bawdewyn á Srewwsbury. «Ireland hatche very good tymbre and convenient havens, yf the Spaigniard might be master of them, he wold in short space be master of the seas, wich is our chiftest force, as i pray god it may continewe.»

(3) Greville y Raleigh fundaron en 1585 en Virginia establecimientos que abastecieron en 1586.

(4) Entre Scila y Africa. *Hakluyt, the Principal Navigations*, tomo II, 1.ª parte, pág. 285. No sé si hay otras ediciones que la de 1599. Esta admirable colección debería estudiarse por todos los marinos.

(5) *Ibid.* The foolish Spaniards cried out according to their manner, not to god, but to our lady, as they terme the virgin Mary, saying. O blessed Lady, give us the victory.»

horas: los ingleses, con la superioridad de sus fuegos y evoluciones obligan á las galeras á emprender la fuga y entran triunfalmente en Argel, llevando su cargamento á Plymouth, después de haber reparado sus averías.

Pero ya en las mismas radas de Galicia, una escuadra inglesa incendiaba los barcos de Santa Cruz (6).

Sir Francisco Drake había podido al fin organizar con su amigo Frobisher una expedición, á pesar de las indecisiones de la reina. Presentóse delante de Vigo, hizo que le restituyeran los ingleses que estaban allí presos, se apoderó del tesoro de las iglesias y quemó los navíos. Antes que Santa Cruz hubiera podido reunir el resto de su escuadra, había desaparecido Drake.

«Drake, refiere el residente francés (7), fué primero á las islas Canarias donde perdió algunos hombres que quiso echar en tierra... Fué luego á la isla de Cabo Verde donde puso en tierra hasta dos mil hombres, que saquearon cuanto había, destruyeron algunas iglesias y tomaron las mercancías y la artillería.» El 17 de noviembre, saqueaba á Santiago en las mismas islas de Cabo Verde y apareció en Santo Domingo tan de súbito que el presidente no pudo creer que iban como enemigos y se descuidó en armar las baterías. Santo Domingo tuvo que pagar un rescate de veinticinco mil ducados pagados en oro y joyas (8); fuera de esto, Drake «se hizo dueño del dinero del rey en cantidad de sesenta mil escudos y de diez ó doce barcos cargados de azúcar, cueros...» (9) y de todos los cañones. De allí fué á las costas de Nueva Granada y echó en tierra algunos marineros para sorprender á Cartagena. Escalaron las barricadas que defienden la ciudad bajo una lluvia de flechas envenenadas, y los ingleses penetran en Cartagena, mientras los habitantes huyen por el otro extremo á las montañas: Drake ajusta en ciento veinte mil escudos la salvación de la ciudad (10). Vuelve entonces costeano la Florida y se prepara á dar el asalto á los fuertes de San Agustín, cuando oye tocar la marcha de Orange: era un francés prisionero que había podido evadirse mientras los españoles evacuaban el fuerte y

(6) Ms. Bibl. nac. franc. 16109 fol. 117. Longlée, el 7 oct. 1585, copia la nota que lleva esta noticia de Santa Cruz.

(7) *Ibid.* 16110, fol. 8, del 15 febrero 1586.

(8) Herrera, tom. III, pág. 13; Cabrera, tom. III, pág. 177.

(9) Ms. Bibl. nac. franc. 16110, fol. 21, del 3 abril 1586.

(10) Ms. Bibl. nac. 16110. Longlée á Villeroy, fol. 56, del 11 septiembre 1586.

anuncia con su trompeta que la plaza está desocupada (1). Los establecimientos de la Florida corren la misma suerte que los de las otras colonias: Drake encontró en las arcas del rey Católico cincuenta ó sesenta mil escudos, y lo saqueó todo y todo lo arruinó, derribó el fuerte y cargó la artillería en sus barcos. Visitó los establecimientos ingleses de Virginia, y se trajo tabaco, los ducados de Felipe II y doscientas cuarenta piezas de artillería (2).

Ya estaba en Inglaterra y distribuía tranquilamente el botín, cuando llegó á Cartagena la escuadra española de socorro, compuesta de diez galeones á las órdenes de Don Alvaro Flores de Valles. «Se perdió una ocasión preciosa de precipitar más la partida de una escuadra» (3). El almirante había esperado en Cádiz la orden de salida por espacio de veinte días: «el rey estaba entonces de tal manera ocupado en las córtes de Monzon que ni sus minis-

tros se atrevían á importunarlos para la firma (4).

Los negociantes más ricos se arruinaron; la humillación, las pérdidas materiales, los desórdenes llevaron tal turbación hasta la corte que



Medalla con el retrato de Enrique III de Francia (Tamaño natural)

Felipe II se valió de un pretexto para desviar el pensamiento hácia festejos ruidosos (5).

Pero Isabel, como Catalina, se decidía á dirigir sus más fuertes ataques á los Países Bajos, y en el Norte van á hallarse coligadas momentáneamente las dos rivales de Felipe II.

CAPÍTULO V

LUCHA DE ALEJANDRO FARNESIO CONTRA GUILLERMO DE ORANGE

1578—1584

LA GRANDE ESCISION.—GUERRA CIVIL EN LOS PAISES BAJOS.—FRANCISCO DE VALOIS DUQUE SOBERANO DE BRABANTE.—DESCALABROS Y MUERTE DE FRANCISCO DE VALOIS.—MUERTE DEL PRÍNCIPE DE ORANGE

I.—La grande escision

Alejandro Farnesio, que había reemplazado á Don Juan de Austria como delegado del poder real en los Países Bajos, tenía treinta y cinco años, la nariz aguileña, los ojos vivos; á pesar de su semblante severo y frio, estaba dotado de sentimientos de humanidad y pudiera decirse de tanta bondad como le permitían la época y la vida de los campamentos: muy diferente tambien de sus demás contemporáneos por su integridad, se esforzó en impedir las exacciones, y después de quince años de poder absoluto en un país casi conquistado, no dejó nada en sus arcas; al contrario, hubo que vender sus muebles para pagar el transporte de su

féretro á Parma. Este hombre, moreno, pequeño de estatura, infatigable, fué adorado de cuantos lo conocían. Gustaba del lujo en el traje y tenía muy buen aire, sobre todo á caballo, y se mantenía descubierto con cierta afectación ante los simples soldados, para hacer olvidar á su amor propio nacional su cualidad de príncipe italiano. Se levantaba antes de amanecer y se jactaba de no comer más que para mantener la vida (6).

Había estudiado al lado de Don Juan de Austria á los adversarios de España. Sabía que no había que hacer caso del archiduque Matías, soberano nominal que se pavoneaba en medio de sus divinidades alegóricas y que se echó á llorar (7) al saber la primera expedición de Francisco de Valois.

De este, creía igualmente Farnesio que no

(1) Franck Jones, *Martin Frobisher*.

(2) Vuelve á Portsmouth el 28 de julio 1586.

(3) Herrera.

(4) Cabrera, tom. III, pág. 177 á 181.

(5) Ms. Bibl. nac. franc. 16110, fol. 26, del 28 abril 1586. Longlée á Villeroy. Eran estos festejos á propósito del nacimiento de la infanta Catalina duquesa de Saboya.

(6) Carlos Coloma, *las Guerras de los Estados bajos*, pág. 69.

(7) Antonio de Traos á Guillermo de Hesse, Col. de Groen Van Prinsterer, tom. VI, pág. 416.

había tampoco nada que temer: suponía que á la reina de Inglaterra no le parecía bien su entrada (1) y sabía que los alemanes preferían dar los Países Bajos á Felipe II antes que abandonarlos á los franceses (2); sin embargo, temió un instante que Francisco de Valois hubiera comprendido su juego, recelo que confesó en estos términos: El principal temor que yo tenía era que las provincias valonas y católicas se unieran y aliaran á los franceses; esto me tenía en cuidado y perplejidad (3).

La política de Farnesio era en efecto atraer á su partido á las provincias católicas y á los nobles descontentos, aprovechando el cansancio y el desórden, y espionando las faltas del príncipe de Orange. No ignoraba los embarazos de este temible adversario «que no sabía á qué lado volverse por la division que hay en los Estados, queriendo unos la religion antigua, otros las dos religiones, otros á V. M., otros al duque de Alenzon, otros al archiduque Matías (4).»

Tan metido como estaba en las corrientes democráticas, el príncipe de Orange era sospechoso de moderado; lo denunciaban por tibio y por ateo los predicantes (5) y lo empujaban los violentos. No podía ya evitar las faltas en que se precipita todo poder popular, cuando los moderados no han sabido arreglarlo desde el origen: en Amberes (6) «algunos burgueses habían ido tan adelante que amenazaron exterminar á los Estados generales y echarlos por las ventanas.» En Gante, Ryhove, que retiene en su casa (7) á los presos del golpe de Estado, los entrega al pueblo que les arranca la barba y los ahorca. El populacho de Brujas lleva al suplicio á un franciscano acusado de crímenes novelescos (8). Ni aún los calvinistas están seguros: su dogma, por declaracion de los luteranos, «es más criminal que la religion de los turcos (9).» En fin, segun las palabras de un contemporáneo (10) «todo se mezcla y confunde por el populacho, entiendo la escoria y los turbulentos, y estos únicamente mandan ó bien hacen fuerza á los demás.»

(1) Farnesio á Felipe II, 20 octubre 1578, *Com. real hist.* t. IV, pág. 380, año 1852.

(2) Col. de Groen Van Prinsterer, tom. VI, pág. 429.

(3) Farnesio al rey, 27 nov. 1578, *Com. real hist.* tom. IV, pág. 400.

(4) Farnesio al rey, 16 dic. 1578.

(5) Sobre todo, por Imbize y Dathenus, Col. de Groen, t. VII.

(6) En enero de 1579. Col. de Groen, tom. VI, pág. 533.

(7) Esta casa fortificada se llamaba el *Serbraem-Steen*, de que aún quedan algunos muros en la calle Baja.

(8) Aubigné, tom. II, pág. 404.

(9) Colec. de Groen, tom. VI, pág. 321, el Landgrave de Hesse al duque Juan Casimiro.

(10) *Ibid.* pág. 341. Nota del consejero Assonleville.

Hé aquí cómo el escéptico príncipe de Orange, dominado por los fanáticos y los agitadores populares, apartaba á los católicos de la causa nacional y desanimaba á la nobleza patriota. ¿Estaba realmente bajo el yugo de los sectarios ó pensaba en fundar una dinastía, despues de haber desmenuzado á su país en un polvo democrático? Forzado por la política é impelido por la ambicion, es igualmente culpable: ha fortalecido con su genio y prestigio á los que olvidaban la inspiracion patriótica de los primeros años; empujado hácia la sujecion de España á los que rehusaban ponerse al servicio de sus tribunos populares; favorecido con sus violencias contra los moderados la diplomacia conciliadora y persuasiva de Alejandro Farnesio. Un día hace prender á Champagney y otros caballeros valones; muy luégo licencia las tropas valonas y no quiere admitir más que reformados en su ejército. «En cuanto á la policia, se cambiaron en todas partes los magistrados de las ciudades por otros de la nueva religion, y esto so capa de ser buenos patriotas y á fin de tener mejor medio de echar de las ciudades sin escándalo á la gente de iglesia (11).»

Sin embargo, los católicos, los partidarios de la aristocracia que sostenían hacia tanto tiempo la causa nacional, los espíritus tolerantes y opuestos á la brutalidad, eran mucho más numerosos, aún fuera de las provincias valonas, como lo reconoce el mismo Orange (12). «El número de los que están por Francisco Valois y son de su religion supera infinitamente casi en todas partes.»

Estos eran los que Alejandro Farnesio no quería dejar á los franceses y á los que trabajaba con un arte consumado.

Comenzó por desembarazarse de los aventureros alemanes que había llevado el bávaro Juan Casimiro é infestaban el país. «Habiendo sabido que los raitres de los Estados, en número de doce mil, estaban en la campaña, se encaminó allá para batirlos, por lo cual tuvieron estos tal miedo que le ofrecieron retirarse del país, mediante un salvoconducto suyo, el cual les fué concedido (13).» Al mismo tiempo prodigó los ofrecimientos á las provincias que manifestaban oposicion á los sectarios y podían estar más tentadas á anexionarse á Francia.

Vuestra Majestad, dice al rey (14), entenderá

(11) Ms. Bibl. nac. franc. 5165, *Memoria de las cosas pasadas en los Países Bajos*.

(12) Col. de Groen, tom. VIII, pág. 358, marzo 1584.

(13) Ms. Bibl. nac. franc. 5165, fol. 208.

(14) *Bol. Com. real hist. de Bélgica*, 1853, pág. 400.

en qué estriba todo: no querer hacer nada sino lo que pueda dar gusto al país de Artois y á los demás de la lengua valona; el gran odio que tienen á los herejes podrá ser causa de que amen más á V. M.—Mi voluntad, contesta Felipe (1), es recompensar á los que lo hayan abandonado todo por seguir mi partido: á mi parecer los bienes conquistados podrán emplearse en tales ó semejantes recompensas.

Las recompensas hicieron, en efecto, su papel en la política de Farnesio: los bienes confiscados no bastaron; el fisco real estaba exhausto (2); se distribuyeron títulos de marqués, los herederos ofrecieron sus brazos, el clero adelantó fondos sobre sus beneficios. Hay en estos cambios de opinion tráficos, codicias, bajezas. Solamente las mujeres atraviesan estas crisis, permaneciendo limpias, porque la pasion las preserva. Sin codicia y por simple fervor religioso, Cornelia de Lalaing atrae á la causa de España á su marido, á su hermano el conde de Renneberg y la provincia de Groninga; María de Brimen impone como prueba á sus pretendientes una profesion de fe calvinista, y no da su mano de esposa al príncipe de Chimay sino despues de haberle hecho prometer que se convertiría á la nueva religion (3). Los priores de Saint Vaast de Arras ó de Renty esperaban á estar indemnizados con buenos obispados para entregar sus escudos; pero esto no era en ninguna manera simonia, pues servían la causa de la Iglesia. En cuanto á los nobles, fueron atraídos al partido del rey por el primero que se pasó á él, por Valentin de la Motte (4), y vinieron á ser luégo marqueses de Richebourg, de Roubaix, duques de Bournonville, etc., y tornaron su odio contra sus amigos de la víspera, contra sus parientes. Roberto de Melun llegó á ser general de la caballería española, mientras su hermano Pedro mantenía un ejército por los Estados. La mujer de Pedro de Melun, Cristina Felipa de Lalaing, defendió la ciudad de Tournay contra un ejército español en que combatía su propio hermano Manuel de Lalaing; el duque de Arschot, el marqués de Havré y el conde de Egmont se dejaron seducir y fueron admitidos á la gracia del rey,

(1) *Bol. Com. real hist. de Bélgica*, 1852, pág. 408.

(2) Véase por ejemplo Gachard, *Memoria sobre los Archivos de Lilla*, pág. 393.

(3) *Bol. Com. real hist. de Bélgica*, tom. XI, pág. 140. Era el hijo mayor del duque de Arschot; tenía veinte años; la mujer que era viuda de Lancelot de Berlaymont, tenía treinta y era la más rica propietaria de los Países Bajos. El príncipe de Chimay no se sometió á España hasta 1584.

(4) Valentin de Pardieu, señor de la Motte, se había entregado con Gravelinas el año precedente. Murió en la campaña de Francia, 1595.

siguiendo las ciudades el movimiento. En Arras se levantaron los católicos contra el puñado de protestantes que los oprimía, mostrándose crueles como todos los que se han dejado dominar sin energía: mientras los sectarios no habían perseguido á nadie durante su dominacion de algunos meses, los regidores á quienes expulsaron ahorcaron sin forma de juicio tres vencidos el primer día, seis el segundo (5); y todavía ahorcaban despues de muchas semanas (6).

Apruebo vuestra conducta, escribía el rey á Farnesio (7); «olvidar y perdonar todas las cosas pasadas, reduciéndose á mi obediencia, manteniendo la religion católica romana, y en todo lo demás, con estas dos cosas, se acomoden como mejor se pudiere.»

El acomodamiento no se hizo esperar: en cuatro meses atrajo Farnesio definitivamente á España las provincias de Henao, y Artois con las ciudades de Lilla, Douai, Orchies (8); muy luégo casi todo el Brabante se adhirió al tratado (9); el ejército español conquistó á Maestrich. Farnesio atrajo una á una las ciudades belgas, mientras las provincias holandesas cimentaban su union por medio de la confederacion de Utrecht.

Es cosa hecha. La escision está consumada para siempre: en una débil sumision á señores desconocidos y á leyes caprichosas, se reniega de las antiguas franquicias, del antiguo orgullo flamenco, de la patria, en fin. No se rechaza ya al extranjero, ántes bien se le ayuda contra los propios compatriotas; se hace del suelo patrio un campo de batalla, de los propios hijos soldados para una guerra civil.

Las causas de este desastre que suspendió la marcha de la civilizacion en el país más rico del mundo, son complejas. El genio de Alejandro Farnesio tenía derecho á este triunfo sobre el espíritu cauteloso de Guillermo de Orange: los que el uno rechazaba por sus condescendencias con los fanáticos y pedantes, eran recibidos por el otro con los brazos abiertos; de modo que podía decirse de los caballeros católicos (10): «Hélos á caballo para aniquilar el país que los ha dado á luz y sustentado y hacerse esclavos del español para venderle su propia patria por

(5) Pontus Payen, tom. II, pág. 166.

(6) *Ibid.* pág. 186.

(7) *Com. real hist.* año de 1852, tom. IV, pág. 377.

(8) El 6 de enero y 17 de mayo de 1579. Véase en Dumont el tratado *Corps dipl.* tom. V, parte 1.ª pág. 350.

(9) Malinas, Bois-le-Duc, Nivelles, Alost, Bourbourg.... Véase Petit, *Crónica de Holanda*, tom. II, pág. 377 y 387.

(10) Marnix de Santa Aldegonda, *Contestacion á las cartas de un caballero Verdadero patriota*.

dinero, á fin de tener con que hacer la corte á las damas y por ventura casarse con magnificencia.» El horror á la herejía y á las violencias demagógicas no era el único sentimiento que atraía hácia Farnesio; mediaba también «el odio que el pueblo valon tiene naturalmente á los franceses sus vecinos (1).» Farnesio supo explotarlo persuadiendo á los valones de que Orange quería entregarlos á Francia.

Pero la causa fatal de la escision latía ya oculta de tres años atrás bajo la alegría de la pacificación de Gante. Creíase entonces estar ligados indisolublemente; se unían en una mala inteligencia; fundábase la patria comun sobre un suelo facticio. En aquella hora de embriaguez se creía en la posibilidad de continuar prefiriendo el país á la opinion religiosa y se proclamaba la tolerancia. Pero esta idea de no odiarse entre compatriotas que no tienen el mismo clero vino á ser muy luégo insoportable: todos se rebelaban contra semejante impiedad y abrian de buen grado el corazon al odio. Se habia sufrido demasiado respetando, durante algunos dias, las opiniones ajenas, y así hubo de sentirse cierto alivio cuando se rompió el pacto de Gante. En el Norte «expulsaron á los católicos, mataron á muchos de ellos y abolieron completamente el ejercicio público y privado de su religion (2).» Enardecieronse con una especie de furor religioso en esta voluptad de la persecucion: «los sectarios y herejes se desencadenaron hasta el extremo de matar á los eclesiásticos, á los buenos católicos, violando sacrílegamente á las religiosas (3).» Del mismo modo, allí donde los católicos eran los amos reaparecian los procesos sobre hechicerías y las hogueras. Si Valenciennes no se hubiera separado de la Confederacion, no se hubiera visto á una vieja, Arnoulette Defrasne, sometida á cuestion de tormento por haber hecho maleficios á Catalina Rambaud, que se vió cubierta de miseria hasta las uñas: la vieja «después de haber sido molestada por la renovacion de sus dolores, confesó que era hechicera y fué quemada viva (4).» Si Bruselas no se hubiera entregado á España, no se habria cometido el asesinato de Ana Van Denhove, jóven calvinista perseguida en virtud de los decretos de Carlos V, condenada y condu-

(1) Pontus Payen.

(2) Ms. Bibl. nac. franc. 5165, fol. 208.

(3) Reclamaciones de los católicos, resumidas por Le Petit, *Crónica de Holanda*, tom. II, pág. 370. Sabido es que Le Petit era capitán en la milicia de Gante y estaba muy bien enterado de los acontecimientos de los últimos veinticinco años del siglo.

(4) Loise, *De la hechicería en Valenciennes*.

cida por los religiosos fuera de la ciudad y puesta de pié en lo hondo de un profundo hoyo: allí comenzaron las exhortaciones y las promesas de gracia; y á medida que caian sobre ella piadosas inducciones á la apostasía, caian también las paletadas de tierra, que iban cubriendo á la jóven. Cuando la vieron enterrada hasta la cintura, descansaron los sepultureros por orden de los religiosos, que continuaron con mayor fervor sus homilías. Ana no flaqueó: las paletadas de tierra volvieron á caer sobre su agitado seno.... el hoyo quedó cubierto y luégo nivelado.

El pueblo gusta mucho de todo lo que lo acerca á la barbarie: protestantes y católicos estaban muy satisfechos de no sujetarse á respetos recíprocos; pero las provincias que se habian sometido á España fueron las únicas que sufrieron por causa de la escision: puede decirse que allí el mal fué irreparable. Los valones vinieron á ser soldados al servicio de España; tomaron á Gante y Amberes y arrastraron en su destino á toda Bélgica. Desaparecieron el comercio y la industria; los mendigos se acurrucaban en los pórticos; la yerba crecía en las calles; Douai y Valenciennes vieron derruirse sus arrabales y se estrecharon tras las murallas de ladrillos de los ingenieros españoles. Sus casas estaban desiertas cuando Luis XIV vino á traerles algun aliento de vida. Brujas no tenia ya más que 30,000 habitantes, cuando Napoleon recorrió la Bélgica; Ipres, aún hoy día, no tiene 20,000. Y las mismas calamidades cayeron sobre Tournay, Courtray y Lovaina. La más desgraciada fué Amberes: sus naves huyeron á Lóndres ó á Rotterdam, sus banqueros á Amsterdam y á Francfort; sus muelles quedaron desiertos, y era un cadáver cuando imaginó Napoleon rejuvenecerla, armarla, restituirla su comercio.

Hay otra causa además de la incapacidad de los oscuros archiduques que van á sucederse en el palacio de Bruselas para esa indolencia de que se posee por espacio de doscientos años, desde Farnesio á Napoleon, un país hasta entonces tan vivaz. ¿Por qué estas ruinas, mientras los holandeses llenan el mundo con su energía, y por qué este contraste entre los súbditos católicos de los príncipes piadosos y la república protestante? Los protestantes se precian de haber contribuido más que las naciones católicas á los aumentos de la riqueza y á los progresos de la civilizacion. En la hora en que era menester no quedarse atrás en el mundo de la

edad media, no supieron los católicos utilizar las fuerzas que prestan los lazos comerciales, la audacia del pensamiento, las conquistas de la ciencia: los países peor dotados por la naturaleza como Holanda, Escocia, Suecia, se hacen poderosos, mientras Portugal se moría y quedaban solitarios los marmóreos palacios de Génova y Florencia. Se engañaría extrañamente quien tomara al pié de la letra estas afirmaciones



Alejandro Farnesio

de los protestantes: no, no fué la religion, sino el arte de ser libres lo que hizo la fortuna de Holanda, como asegura hoy la de la Bélgica regenerada.

II.—Guerra civil en los Países Bajos

Quando los intereses de España en los Países Bajos eran, en fin, comprendidos con lucidez y servidos con decision, sus adversarios estaban al parecer dispuestos á disolverse en la anarquía. Los diputados de los Estados no se ocupan más que de las ventajas de su provincia «en detrimento de las demás, exclama el príncipe de Orange (1), olvidando que se reúnen para proveer á la cosa pública: su incapacidad nos hará caer en la fosa. «Cada ciudad tiene la pretension de arreglar el empleo de los caudales públicos dentro de sus muros y de disponer soberanamente de sus milicias.» Cada provincia tiene su consejo, sus fuerzas y su hacienda. Verdad es que se ha ordenado un con-

(1) *Corresp. de Guillermo de Orange*, tom. IV, pág. 188 á 194, nov. 1579.

sejo, pero sin ningun poder. ¿Cómo habrá en él regla para la disciplina militar, para las rentas, para la justicia?» (2)

El infeliz campesino es, como siempre, el que paga las faltas cometidas por los tribunos comunales. «Los soldados para tener con qué beber hacen extorsion á sus huéspedes y saquean á los campesinos, y el latrocinio que hacen es el mismo que toma el vivandero por su vino y va á venderlo á los pueblos inmediatos» (3); latrocinio miserable en un país entregado al pillaje desde hace tanto tiempo: algunos muebles, bestias, metal ó ropa; es lo único que los vivanderos reúnen en sus carretas (4). Pero es bastante para desorganizar los ejércitos.—Yo he venido, dice nuestro honrado La Noue, á conducir gente de guerra á combatir, no ladrones á saquear (5)... ¿Qué valor ni qué voluntad quereis que tenga viendo continuamente entre nosotros una multitud de mujeres perdidas y los caminos cubiertos de beodos? ¿Esperais la salvacion por tales medios? Más bien serán azotes para vuestro pueblo, al que compadezco, tanto por el daño que recibe del enemigo, como por el que le hacemos nosotros (6).

El príncipe de Orange no está ménos desalentado. «Consultamos largamente y somos tan descuidados en ejecutar, como diligentes en deliberar (7). No sé cómo puedo sostener tal carga con tales medios» (8). En esta democracia el sospechoso es ahora el jefe militar: La Noue es expulsado de Gante por el zizañero Juan Hembyze. «Y todavía ha querido que el pueblo me degollara» (9). Brujas le niega sus cañones para un sitio, á pesar de las órdenes de los Estados. «Si hay alguien que prometa ganar las plazas con las uñas, que vaya,» dice La Noue (10), pidiendo á lo ménos pan y cerveza para sus soldados (11). Pero sobre todo con los prisioneros es cruel ese populacho desocupado de las ciudades. «Los prisioneros dicen que ántes quieren cadenas y grillos que ir á Gante» (12). Durante los dos años empleados

(2) *Ibid.* tom. IV, pág. 366 á 368, dic. 1581.

(3) *Corresp. de La Noue*, publicada por M. Kervyn de Volkaersbeke, pág. 85, del 23 mayo 1579.

(4) *Ibid.* pág. 152. Rossel al magistrado de Ipres.

(5) Col. de Groen, tom. VI, pág. 603.

(6) Col. de Kervyn de Wolkaersbeke, pág. 89. La Noue á los Estados.

(7) *Corresp. de Guillermo*, tom. IV, pág. 196 á 207, del 9 enero de 1580.

(8) *Ibid.* pág. 188 á 194, nov. 1579.

(9) *Corresp. de La Noue*, pág. 121. Al magistrado de Ipres, 25 julio 1579.

(10) Col. de Groen, tom. VI, pág. 608.

(11) *Corresp. de La Noue*, pág. 66.

(12) *Ibid.* 189, La Noue á los Estados de Flandes, 26 abril 1580.